

Púlpito de la mezquita de Barkauk, en el Cairo.

Los minaretes de elegantes proporciones y de tres pisos de galerías, se elevan en el frente del edificio.

Aunque en buen estado todavía, esta mezquita se halla hace bastante tiempo abandonada por falta de medios para su conserva-

ción. Un portero es su único guardián, y no se suplen siquiera los gastos más necesarios cuando no produce para ellos la generosidad de los peregrinos y de los viajeros.

SANTO DOMINGO EL REAL.

Descripción.

Las casi continuas reparaciones y modificaciones que en este real monasterio se han hecho, si bien prueban la generosa piedad de nues-

tros monarcas, acreditan igualmente que los maestros encargados de la dirección de aquellas, eran hombres sin gusto ni talento. Ejemplo de esto es la iglesia cuya capilla mayor bastaron dos reedificaciones para despojarla del mucho interés que á los ojos de las personas versadas en la historia y amantes de las artes, ofrecía. Empezada á cons-
10 DE FEBRERO DE 1850.

trios por Alfonso XI, y terminada (1) por la esclarecida y virtuosísima princesa Doña Constanza, volase enriquecida con los dos primorosos mosaicos de D. Pedro el Ornel y su hijo D. Juan Embolciana asimismo diferentes inscripciones que inserta, Gratia Dei, en la historia manuscrita de D. Pedro I y sus descendientes del apéndice Castilla.

Todo al fin, desapareció á manos de bárbaros operarios, como si tales objetos no pudiesen reponerse en los nuevos edificios.

Consta al presente la iglesia, de una clara y algun tanto espaciosa nave, con otra lateral en el lado del Evangelio, y tres capillas en el de la Epístola. Elévasse en la capilla mayor un bello retablo construido por los años de 1615. Expresa la época, ya se deja conocer el estilo á que pertenece, que es el greco-romano depurado. Compónese principalmente de tres cuerpos; el primero sienta en un zócalo, y tiene tres intercolumnios, otros tantos hay en el segundo, y uno solo en el tercero. Decoran los tres indicados cuerpos, columnas entregadas de órden Corintio, con bases y capiteles dorados. Los fustes de las columnas, los cornisamentos, y otros miembros han sido pintados hace pocos años, imitando mármoles, pues eran dorados todos. En los nichos de los intercolumnios hay varias estatuas razonablemente ejecutadas; y á los lados del último cuerpo, agujas ó obeliscos, segun costumbre de aquella época, de la cual no queda en Madrid mas reliquia que éste; por lo que su pérdida seria lamentable.

Ocupa el centro del primer cuerpo un gran cuadro, que en tiempo del erudito Ponz estaba en un poste entre las capillas. Representa en la parte superior nuestra Señora del Rosario, y en la inferior san Pin V y santo Domingo postrados de rodillas ante la Señora. Esta hermosa pintura, cuyas figuras son mayores que el natural, se atribuye á Carlos Marati, célebre pintor italiano, aunque no faltan datos para creer que solamente la terminó, habiéndola empezado Andrés Procacini.

Pasando á las capillas se halla bastante que observar en materia de pintura. Ostenta la segunda en el intercolumnio del retablo, una Santa Familia con el Padre Eterno y el Espíritu Santo en lo alto rodeados de ángeles. Por bajo de este lienzo se ven las tres pinturas siguientes: 1.ª san Agustín en el fondo hay dos pasajes de su vida; 2.ª la Adoracion de los Magos, y 3.ª san Gregorio Magno, y á su izquierda en lontananza una procesion ó letanía con la imagen de nuestra Señora de Guadalupe.

El cuadro del ático espresa la Anunciaci6n ejecutada como los cuatro referidos asuntos, por el famoso pintor madrileño Eugenio Carés. Las columnas de este altar tienen labrados los tercios inferiores.

No es menos rica en pinturas la siguiente capilla cuyo retablo se compone de un basamento de mármoles sencillo y de buena forma, en el que sientan cuatro columnas entregadas con las canales ó estrias en espiral, y el correspondiente cornisamento. Llena el intercolumnio central una adoracion de los Reyes, y los laterales san Bartolomé y san Mateo, figuras todas del natural. Cinco pequeños cuadros hay en el basamento colocados por este órden: 1.º el sacrificio de Isaac; 2.º Jesucristo en traje de hortelano se aparece á la Magdalena, que le pregunta por el cuerpo de su Maestro; 3.º una Saira con las palabras de la consagracion escritas en una tarjeta, que sostiene dos ángeles manebos, y cubre un pabellon descubiert6 por dos ángeles niños; 4.º nuestro Señor distraido de caminante se dirige en compaía de dos discipulos al castillo de Emaus; 5.º Abraham postrado ante los tres ángeles.

Todas estas gallardas pinturas, la Encarnacion del coronamiento y los dos martirios que se observan debajo de los arquivates con obra del célebre Vicente Carducci quien hizo igualmente el cuadro de la Concepcion, con varios ángeles alrededor y un grupo de figuras de medio cuerpo en la base, el padre eterno del retablo y las dos pequeñas pinturas del mismo altar de la Concepcion. Ultimamente obra del citado Carducci es tambien el cuadro que hay encima del retablo de la Soledad cuyo asunto es la entrega de un lienzo con la imagen de santo Domingo de Guzman hecha por la Virgen acompañada de santa Catalina y de santa María Magdalena á un religioso del convento de Soriano en Italia.

Al espresar este pasaje todos los pintores de que tenemos noticia han faltado á la exactitud, pues segun la historia que de la nombrada imagen de Soriano escribió Silvestro Frangipane y tradujo al castellano Virente Gomez la pintura no se desarrolló hasta que fué entregada al superior del convento cuando ya habian desaparecido las señoras que la trajeron: la misma dicen los Bolandinos en el tomo I de Agosto, pág. 338.

En la capilla en que está dicho cuadro de buena arquitectura, al parecer del tiempo de Felipe IV. Decoranla pilastras dóricas y triglifos en el cornisamento que es de poca vuelo y muy ajustado á la severidad clásica. Las hornacinas, pechinas y caserones acompañan á lo

demás. Por último debe ser mencionado el cuadro que está sobre el cornisamento en una decoracion de perspectiva terminada por un frontispicio con las armas reales.

Hemos indicado 23 cuadros de mérito que el público ve diariamente; cuando por desgracia desaparecan de los lugares que ocupan, y para los cuales fueron espresamente ejecutados, tomando en cuenta las luces, los accesorios etc., ¿á dónde irán á parar? Es claro: si donde han ido los infinitos que adornaban los templos hasta que por las vicisitudes del presente siglo faltaron de los sitios en que podian ser vistos y estudiados por los inteligentes (3).

Apresurémonos por tanto á dejar una exacta noticia de las obras que nos legaron nuestros mayores para que vea la posteridad hasta qué punto llegó la riqueza que poseíamos.

En el friso del cornisamento por todo el contorno del templo hay una inscripcion que espresa varias épocas notables de la historia de este monasterio, no muy exactas algunas, como la de la traslacion de los huesos del rey don Pedro.

Es el titular de esta iglesia y casa el patriarca Sto. Domingo de Guzman, habiéndole sustituido las religiosas á Sto. Domingo de Silos cuando la iglesia autorizó su culto.

El ingreso á la derecha iglesia un pórtico de granito, compuesto de tres ingresos cerrados por arcos de medio punto con pilastras dóricas entremedias y el correspondiente cornisamento. Fué construido por Carlos III en 1788, habiéndose demolido al efecto el que describe Ponz, labrado en 1530 segun el estilo del renacimiento.

Coro.

Uno de los objetos mas notables que en los templos de Madrid existen es sin duda el soberbio coro (2) del insigne monasterio que vamos describiendo. Su construccion data de la segunda mitad del siglo XVI, mas habiendo sido reparado y adornado posteriormente, ha perdido en su ornamentacion la severidad clásica propia del tiempo en que fué erigido. Segun hemos dicho en la reseña histórica, por haber estado cinco años en depósito el cadáver del príncipe don Carlos en el antiguo coro, Felipe II costó el actual. Hizose con diseños y bajo la direccion del célebre Juan de Herrera, circunstancias que si no constasen por dignos datos que se han tenido presentes, bastarian para darlos á conocer, á pesar de las indicadas reparaciones, la estructura y excelente disposicion general de tan magnífica pieza y la ordenacion del fajado que decora sus muros y bóveda.

Al nivel de la iglesia, dando frente al retablo mayor, y separado de aquella por una pared, se halla este coro cuya planta es un paralelograma rectángulo con cien pies de longitud (5) en direccion de Nord-Este á Sud-Oeste y treinta y dos de latitud. Constituyen la decoracion del alzado diez y ocho fijas resaltadas, sobre las que corre el cornisamento con ardetos, llenando los entrepaños diez y seis frescos que representan los asuntos siguientes, enumerados, no en clase de misterios, porque el primero no lo es, sino como aquí les responde: *Banda de la izquierda*: 1.º Sto. Domingo recibe el Rosario de manos de Nuestra Señora; 2.º la Encarnacion; 3.º la Visitacion; 4.º el Nacimiento; 5.º la Purificacion; 6.º el Niño hallado en el templo; 7.º Nuestro Señor en el huerto de las Olivas. *Terceros*: 8.º los Azotes; 9.º el Ecce-Homo. *Banda de la derecha*: 10.º la Cruz á espaldas; 11.º el Calvario; 12.º la Resurreccion; 13.º la Ascension; 14.º la venida del Espíritu Santo; 15.º la Asuncion, y 16.º la Coronacion de Nuestra Señora. Estas pinturas tienen muros de grotesco. Aunque en todas ellas se vé el mal gusto de principios del siglo XVIII, hacen sin embargo su efecto, notándose que las cinco últimas que espresan los misterios gloriosos, muestran mas severidad y son de otra mano que las restantes.

Corona y cubre este sagrado recinto una vasta y alta bóveda que arranca de un sotabanco, se eleva 48 pies sobre el pavimento y está profusamente adornada con fajas, guerninchos, grotescos, molduras, adornos de talla dorados, etc., formando un conjunto armonioso y rico. En los rehundidos de las fajas, en las guirnaldas que los cubren, y en otros detalles se manifiesta el torpemente gusto del tiempo de Felipe V; pero sin causar confusion, ni impedir que se trasluzca la

(1) Muchos personas no conocen la inmensa diferencia que hay entre los cuadros del Museo del Prado y los del Nacional y por el distinto objeto con que fueron hechos unas y otros.

(2) La hermosa perspectiva que vé al frente de esta memoria, la sola grabada por el hábil don Manuel de Burgos, habiéndola tomado con mucha facilidad y destreza en poco mas de una hora don Francisco Tomé, quien para estar en relación al interior muy cerca de la reja que está inmediata al pórtico desde donde el publico puede reconocer comodamente y por completo el soberbio coro. Acompañamos á las personas curiosas que voyan á verlo.

(3) El coro del Real es un coro de 96 pies de fondo.

severa decoración primitiva, que pertenecía, como queda referido, á la segunda mitad del siglo XVI, y desgraciadamente fué alterada.

Seis ventanas oportunas y simétricamente distribuidas, ocupan otros tantos lunetos, y en los restantes hay pintados al fresco santos y santas de la orden de santo Domingo: son de cuerpo entero, mayores que el natural y de buena ejecución, atendida la época de completa decadencia á que pertenecen.

Una gran ventana de vano rectangular interrumpe el cornisamento en el testero, é ilumina mucha parte del coro, que así por esta como por las mencionadas ventanas de los lunetos, recibe toda la luz que un departamento de esta clase y de tales dimensiones necesita.

Es digna de especial mención una bóveda de Nuestra Señora con varios ángeles que ocupa un nicho en el testero debajo de la ventana. La materia es mármol blanco, y por su forma se conoce que fué labrada á principios del siglo XVII.

Restaos hablar de la bonita sillería (1) hecha en el reinado de Felipe III, la cual, á pesar de tener 25 sillas en cada lado, no puede llenar el espacioso coro, y constituye un departamento en el centro, volviendo con su correspondiente reclinatorio por una y otra banda sin llegar al testero.

Cada silla forma una hornacina de planta cuadrangular con un cascarón en el cerramiento, y por el frente un arco de medio punta, que sienta en columnas dóricas, muy delgadas para las proporciones del dórico. En su todo corresponden á las mismas las contrapilstras del fondo. Hasta la clave de los arcos hay seis pies de elevación, contados desde la línea horizontal que se imagina de una á otra basa de las columnas, las cuales figuran estar acanaladas ó listradas por medio de embutidos de buenas maderas. Trazan estos igualmente los compartimientos de los cascaronitos y los adornos de los tableros en los respaldos, labrados unos y otros con esmero. Termina el todo un coronamiento calado que corre sobre la cornisa general y está interrumpido por agujas ó obeliscos, en medio de los cuales campea el escudo de Santo Domingo. Vista desde la iglesia hace muy buen efecto la mencionada sillería.

Entre la misma y el testero queda un trecho que viene á ser el bajo coro con sus correspondientes sillas: en él, al frente de la entrada, y ocupando el lienzo de la pared se ven el baptisterio de los reyes, la estatua del rey don Pedro y el sepulcro de la priora doña Constanza. Por delante de la sillería cruza una grada de mármol, antes de llegar á la pared de la iglesia en la que hay dos grandes rejas, por donde las señoras religiosas pueden ver la capilla mayor y presenciar los oficios divinos. Aunque sirven de adorno y dan realce al todo, no hablamos de varios retablos, cuadros y otros objetos, porque artísticamente considerados nada tienen de particular. Si la vista de este hermoso coro es siempre grata, cuando la respetable comunidad aparece reunida, bajo su inmensa bóveda, entouando las alabanzas del Altísimo, es verdaderamente admirable.

Elia bautismal de Santo Domingo.

Al visitar nuestros antiguos monasterios, tan ricos en artísticas bellezas como en recuerdos y monumentos históricos, siempre el hombre sensato y estudioso halla mucho que contemplar. Después de haber examinado el ya descrito coro, llaman la atención las curiosidades que tan magnífico local encierra; figurando como la primera de todas la veneranda pila en que fué bautizado Santo Domingo de Guzman, la cual sirve para administrar el sacramento del bautismo á los hijos de los reyes é infantes de Castilla.

Pertenencia esta notable y sagrada pila desde época remota á la iglesia parroquial de San Sebastian de la villa de Calernega, patria del expresado santo. Cuando tan esclarecido varón fué canonizado, empezó á ser mirada con particular veneración, y Alfonso X la trasladó al monasterio de religiosas que fundó en el año de J. C. de 1266, sobre la misma arca que ocupaba la casa nativa de aquel santo patriarca; habiendo mandado poner otra pila en la mencionada parroquia.

Ignoramos el nombre de la primera persona real que fué bautizada en ella, pues solo refieren las crónicas de la orden que se llevaba al punto en que había de tener uso, y finalizada la ceremonia era, resbaldada al monasterio de Calernega, de donde fué sacada en 1606 por última vez con motivo del nacimiento del príncipe don Felipe IV de este nombre entre los monarcas de España. La solemnidad con que se celebró el bautizo y la parte que tuvo en tan ostentoso acto la orden de predicadores constan por la curiosa relación que nos legó la diligente pluma de Maluenda.

En el año de 1606 vino á Madrid la corte y por mandado de Felipe III se depositó la régia pila en el célebre monasterio que sigue po-

siendo esta preciosa joya. Es de piedra blanca, de pequeñas dimensiones, se halla engastada en otra pila de plata con adornos dorados y se custodia en una caja de madera pintada, que tiene su correspondiente cubierta de damasco (1). El convento de Calernega que miraba esta pila como un blasón que le ennoblecía desde su origen, conservó un trozo de la misma, segun expresa Medrano por lo que se redujo al tamaño que hoy tiene.

Estatua del rey don Pedro.

La bellissima estatua de D. Pedro, una de las mejores que del siglo XV pueden hallarse, es de mármol blanco, mayor que el natural, y está de rodillas sobre un almohadón, con las manos juntas. Ostenta sobre la primorosa cota de maila, que por el cuello en la parte inferior se descubre, una lindísima sobvesta labrada con tanto gusto y perfección, como el alroso manto que en el lado derecho deja descubierta la figura, y en el izquierdo cae por debajo del brazo formando varios y bien estudiados pliegues. Cubren los brazos y muslos, piezas de armadura, y en las manos tiene guantes. La cabeza erguida y el rostro de buenas formas, pero de aspecto severo, producen completa ilusión en el ánimo del observador; pues sin violencia, y aun podemos decir, sin que lo parezca, supo el artista dar á esta correcta figura el movimiento y expresión convenientes.

A la izquierda del monarca y sobre el cojin en que está arrodillado hay una cabeza que sin duda representa la del diácono que el mismo D. Pedro asesinó en S. Clemente de Sevilla. Es de igual materia y estilo que la del rey. A no ser por ambas cabezas se dudaría mucho que la escultura de que tratamos fuese obra de medanos del siglo XV. ¡Tanta es su perfección! ¡Tanto el primor con que se halla ejecutada!

Ha perdido, sin embargo, este notable objeto artístico gran parte de su efecto. Las labores adamascadas de la que en nuestro concepto es sobvesta y las flores del primoroso manto resplandecían con oro y azul, matices que harían resaltar los contornos de aquellas maravillosamente.

Una corona de metal ceñía la régia cabeza que conservado en el rostro la huella del cincel, segun practicaban con acierto los escultores del siglo XV, contrastaba con el dorado de la diadema, que pereció, y el bruido de los ropajes y cota que aun subsiste. Además de la total desaparición de tan interesantes accesorios, hay que lamentar la completa mutilación de las piernas, la de parte de la nariz y la de casi todas las falanges de los dedos.

Estas últimas y la nariz han sido restauradas; en lo que no se ha procedido con acierto, pues cuando no se pueden reponer los mismos fragmentos que se desprendieron de una escultura, mejor es que siga mutilada, porque en tal caso restaurar es alterar.

Hállase al presente colocada con mucha decencia la referida estatua en el coro, entre el sepulcro de doña Constanza y la pila bautismal de las personas reales. Son varias las láminas que de aquella se han publicado.

La empresa del *Semanario Pintoresco* puso una en 1846 al frente del número 38. Bien sea porque el dibujo en que á la sazón había que sacar el dibujo careciese de luz, ó bien por cualquiera otra causa, no corresponde á los generosos esfuerzos de la empresa de este periódico la indicada lámina, y por ella poca idea se puede tomar del original.

En peor caso se halla la que hay al frente de la crónica de don Pedro, y fué dibujada por A. Carnicero en 1778. Aunque en el prólogo se expresa que copió exactamente las facciones y traje, no fué así particularmente en cuanto al traje, y es lástima, porque el grabado es bueno.

Aventaja á las expresadas láminas la que han dado á luz los señores Gaspar y Roig en su esmerada edición de la historia de España del P. Mariana, tom. II, pág. 248.

Si bien reducida al busto, desfigurado por cierto con una corona de capricho, merece atención la estampa que ha publicado en Paris, al frente de la historia de don Pedro, Mr. Mérimée, pues en ella está la cabeza bastante caracterizada.

En todo tiempo se ha considerado el rostro de esta célebre estatua como el retrato mas exacto de don Pedro el Cruel, habiendo sido preferido en el pasado siglo por el señor Llaguno, cuyo voto es de mucha importancia en la materia, á dos copias remitidas de Sevilla, sacada la una de la serie de retratos colocada en un friso del Alcázar que don Pedro terminó, y la otra del conocido busto de la calle del Candilejo, el cual fué labrado en el siglo XVII, reproduciendo fielmente la cabeza que había en el mismo sitio y era del tiempo del rey don Pedro, segun refiere Zúñiga en sus Anales eclesiásticos y seculares.

(1) Durante la dominación francesa, el gobierno francés regaló esta sillería á una iglesia catalán; pero no se llevó á cabo la proyectada mudanza porque es imposible desmontarla en tantas y tantas de sus muchas embudidas.

(2) Todas las otras se están en el público en la iglesia del día 5 de agosto.

En 1844 sacó un exacto dibujo del citado busto de la calle del Canfitejo, el muy apreciable señor don Gaspar Sosa, quien ha tenido la bondad de ponerlo á nuestra disposición; y cotejándolo con la estatua de que hablamos y con un vaciado del rostro de Enrique II, se halla muchísima relación entre las facciones de ambos simoniacos del monarca y el de su hermano y competidor. El busto de don Enrique, ejecutado por orden de su hijo Juan I, existe en la capilla de Reyesnuevos en Toledo; y de él se sacó el vaciado de que nos hemos servido, merced á la atenta atención de su dueño el Sr. D. José Mendez, autor del interesante y con el tiempo famoso cuadro de la batalla de Nájera. Terminamos estas observaciones sobre la estatua del rey don Pedro, esprazando que el trage es propio del siglo XIV, y presenta al rey vestido de completa gala.

(Cochinos.)

JOSE MARIA DE EGUILLEN.

DESAFIO CELEBRE.

La bárbara costumbre de querer probar con la lípica de una espada la razon que asiste á dos contendientes, es indudablemente heredada de los tiempos supersticiosos y bárbaros, siendo por lo tanto inconcebible como subsiste; y aun se fomenta entre los hombres de nuestras dias. La época en que mas en boga estuvieron los desafíos en España, y aun en Europa, fué en el siglo XVI, pues algunas veces eran tolerados por la ley y patrocinados por la justicia. Hojeando algunos manuscritos de aquel tiempo, hemos hallado una relacion curiosa de un desafío que fué celebrado en toda España por sus raras incidencias y extraño desenlace. Escrita por un testigo ocular, no queremos alterar una sola palabra del original, que ofrecemos hoy en nuestras columnas, seguros de que inspirará á todos el mismo interés que supo despertar en nosotros. Dice así:

En la ciudad de Zamora acostumbran los caballeros hijos-dalgo á juntarse en su ayuntamiento, que hacen en la Iglesia de Santa María la Nueva; y el general ayuntamiento se hace dia de los reyes, y estando así juntos este dia algunos caballeros de la dicha ciudad, entre otros estaban dos, enambros vecinos y naturales della: el uno llamado Francisco de Monsalve, y el otro Diego de Mazariegos, entre los cuales habia parentesco. Francisco de Monsalve era viejo, de mas de 75 años, y por esto y por las enfermedades que suelen traer tantos años, habiéndole desamparado la fuerza corporal, andaba averiguado á una caña. Diego de Mazariegos era mozo gallardo y en muy floreciente edad, y uno de los mas bien dispuestos caballeros y mas bien recibidos hombres que ha engendrado España, y muy estimado y respetado por el valor de su persona, hombre muy principal, hijo segundo de la casa, y mayorazgo de los Guadalajaras, caballeros muy conocidos en aquella ciudad, así por su mucha y antigua nobleza, como por vivir á la sazón tres hermanos de mucho valor y fortaleza, y que en muchos trance les dieron bien á conocer, saliendo siempre con mucha honra y ventaja de muchos encuentros que tuvieron con la gente mas principal y de gran valor de aquella tierra.

Pues tratándose en este dicho ayuntamiento cierto negocio, cuya determinación estaba en opiniones, y fundado cada cual la suya, quien mas la portaba era Diego de Mazariegos, y pareciéndole á Francisco de Monsalve que era bien oír los pareceres de otros mas antiguos en edad que él lo era, dijo hablando con Diego de Mazariegos: Señor sobrino, dejad hablar en ese negocio á los caballeros hijos-dalgo mas antiguos, que despues hablareis vos. Respondió á esto Diego de Mazariegos: Yo soy mas antiguo caballero hijo-dalgo que vos. Entonces dijo Francisco de Monsalve: repórtaos, caballero, que yo no trató de la antigüedad de nobleza, que bien notoria es la mia, sino de la edad, que están aqui muchos caballeros de mas edad que vos, y serlo bien que todos oyésemos sus pareceres. A esto dijo Diego de Mazariegos: yo soy caballero, y mas antiguo hijo-dalgo que vos; y no hay aqui quien lo sea mas que yo. Francisco de Monsalve respondió á esto: Vos mentis como mal caballero. Así luego Diego de Mazariegos de la caña que llevaba en la mano Monsalve, y quitándoseela le dió con ella dos ó tres golpes. Acertó esto á ser en tiempo y sazón que Monsalve se halló sin deudas ni amigos que volvieran por su honra, y Mazariegos con tantos valadores y parientes, que pudo á su salvo salirse del ayuntamiento y irse á su casa sin contratiempo alguno. Monsalve se fué también á la suya tan afligido y congojado de tan gran desventura, que del dolor de verse afrontado, se alteró de manera que, estando bueno y sin ningún accidente, le sobrevino una tan gran calentura, que della y de su gran congoja y ansia entendió luego que su mal era mortal, y estando tan ancioso y cercano á la muerte, acordó de escribir una carta á su hijo mayor llamado Diego,

que despues fué caballero de la orden de Calatrava, y Maestro de Campo y Gobernador, hombre que ganó y defendió muchos castillos en servicio de la corona de España, y uno de los doce caballeros que habia escogido el caballero D. Carlos para hacer batalla con otros doce, en cuya batalla se entendió se pusieron las pretensiones de los reyes sobre la paz de Italia; y aunque el dicho Diego de Monsalve tuvo los títulos referidos, fué siempre llamado por excelencia el capitán Monsalve, cuyas famosas hazañas y servicios se verán en la historia del emperador Carlos V.

Estaba Diego de Monsalve á la sazón que sucedió lo arriba referido, en Grecia en la ciudad de Corón, que la acababan de ganar, siendo soldado aventajado del Maestro de Campo Rodrigo de Machico, hombre instruido y de gran valor. Tenia por sus camaradas á Alvaro de Sosa, hermano de D. Pedro de Vivero, natural de Toro, y á Bernardo Solero, caballero del hábito de S. Juan, natural de Zamora, y á Alonso de Cisneros, de Benavente, hombres muy principales y de mucha virtud y valor en sus personas, delante de los cuales dieron la carta de su padre á Diego de Monsalve, que decía así: «Muy magnifico señor; antesyer, dia de los reyes, hubimos ciertas palabras el señor Diego de Mazariegos y yo, y á las que me dijo por ser demasiadas y falsas, me obligó á desmentirle: toméme un pedazo de una caña que yo traia en la mano, y díjome con ella de palos, que como me han desamparado las fuerzas corporales para resistir y satisfacer á tan gran insulto y deshonor, y me ha quedado solo la memoria de mi obligación, me ha causado tal dolor que me quita muy apriesa la vida, y he querido dar cuenta de este miserable suceso á vuestra merced para solo supplicarle que de aquí adelante no se llamé ni tenga por hijo mio, sino de Francisco de Monsalve mi señor y mi padre, que acabó su vida tan honradamente como vivió, y no de quien ha sido tan desventurado que la naturaleza le ha quitado las fuerzas, y la fortuna, la honra, todo á un mismo tiempo, y olvidado de mis injurias por solo Dios: por el mismo suplico á vuestra merced que en este negocio no se hable ni trate mas que si no hubiera sucedido, que yo perdono al señor Diego de Mazariegos, porque Dios perdona mis machos y grandes pecados. Fecha en Zamora á 7 de enero.»

Con esta carta escribieron otros á Diego de Monsalve algunos deudos y amigos suyos, haciéndole saber como su padre habia fallecido tres dias despues del suceso, con gran dolor de sus pecados, habiendo recibido los sacramentos y perdonado sus injurias. Turbieron sus deudos gran dolor de su muerte, y animáronlo toda la ciudad por haber sido uno de los mas valerosos y honrados caballeros della, y que mas lo habia procurado sustentar toda su vida.

«Cuando Diego de Monsalve recibió esta carta y la leyó, cayósele de la mano y juntamente cayó él de un gran desmayo sobre una caña que estaba en aquel aposento donde á la sazón estaba con sus camaradas; los cuales como vieron aquel espectáculo tan sin pensar, alzaron la carta del suelo y vieron el miserable suceso que contenía y leyeron las que venian para ellos, en que les daban larga cuenta del caso y la ocasion de donde nació; y habiendo platicado gran rato los tres sobre lo que se debía hacer, acudieron á consolar y animar al amigo que todavía estaba desmayado y hablándole desta manera: «Señor Diego de Monsalve, cualquier sentimiento que hayais mostrado á tan gran dolor es muy disculpable y justo, mas ya es tiempo de mostrar vuestro gran corazon y valeroso animo y de levantar el pensamiento á la venganza de tan gran sin razon, y esperamos en vuestro valor que esta será tan aventajada cual pide tamaño suceso para que en todo el mundo sea conocido vuestro nombre. Bien sabeis que en este saco de Corón hemos ganado ocho mil ducados: creed que nos los ha dado Dios con mucha causa y misterio, y habiendo vivido pobres y con muchos trabajos toda la vida, y que debe de permitir que con ellos y el mucho valor de vuestra persona se restitua la honra de vuestro honrado y viejo padre. La parte que á nosotros toca de esos ducados todos los entregamos y donamos para que dellos y de nuestras personas dispongais á toda vuestra voluntad y os prometemos y hacemos pleito homenaje como caballeros hijos-dalgo, de os seguir y acompañar hasta que á mucha satisfaccion vuestra recuperéis la honra de vuestro padre y juntamente hagemos juramento de que si dentro de dos años no la satisfacéis á toda vuestra honra y poder, que os hemos nosotros de quitar la vida. Dicho esto, los unos en las manos de los otros juraron con mucha solemnidad. Quedó muy agradecido Diego de Monsalve del ofrecimiento de sus camaradas, y queriendo dar luego principio á su intento se retiró á su cámara sin quererle dejar ver de ninguno de sus amigos ni de todos los españoles que habia en el campo, que todos llegaban á ofrecerle sus personas y haciendas. Monsalve desde su retiro envió á sus tres camaradas á dar cuenta del caso al maestro de campo Machico, y á pedir licencia para venir á España, la que él dió diciendo que le pesaba mucho no poderles acompañar en tan justa demanda por estar aquel ejército á su tergo, y habiéndole visitado á Monsalve le hizo grandes ofrecimientos y le emborató con sus tres camaradas, y habiendo llegado á España

escribió Monsalve una carta á Mazariegos y se la envió con Juan de Monsalve su hermano, y la carta decía de este modo:

«Muy magnífico señor.—En Coron de Grecia me dieron aviso y supe la diferencia que vuestra merced tuvo con Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre, y porque como vuestra merced vió el estado tan impedido y acabado que apenas podía sustentar su cansado y flaco cuerpo, sino es arrojado á una caña, que vuestra merced tomó por instrumento de tan miserable suceso, he venido yo desde la Grecia á que vuestra merced entienda, que siendo quien es no podía dejar de mostrar que era indigna de imaginar tan temerario atrevimiento como vuestra merced usó con él, y no pudiéndose averiguar este negocio sino es entre la persona de vuestra merced y la mía, le suplico me haga la merced que nos veamos en una isla que hace el Duero entre Portugal y Castilla, con una espada y una daga, señalando vuestra merced el día en que pienso hacerme esta honra; y si vuestra merced quisiera traer consigo unos dos ó tres caballeros, podrá escogerlos, pues hasta este número vienen conmigo y pasarán á la isla tanto como vuestra merced señale, pues me acompañan los señores Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, que bien conoce vuestra merced y sabe quien son; y si otro síllo ó armas le parecieren á vuestra merced mas á propósito, lo podrá escoger como fuere servido; y la respuesta podrá vuestra merced dar al señor Cisneros de Sotelo, vecino de esa ciudad, que yo cumpliré lo que por él vuestra merced me mandare.»

Estaba Diego de Mazariegos muy descuidado cuando recibió esta carta, de que Diego de Monsalve estuviera en España, ni aun viviese en el mundo, y así recibió notable alteración con ella y fué tan grande que lo echó de ver Alonso Gonzalez de Guadalupe, su hermano mayor, y otros caballeros que estaban presentes cuando se la dieron; y aunque los dos hermanos se preparaban como caballeros á dar la respuesta, queriendo acudir á su deber los que allí se hallaban, dieron noticia del caso al corregidor para que los remediasse sin consentir que viniese en rompimiento este negocio como se pensaba vendría; y por este aviso comenzó á tener diferente espediente del que al principio se esperaba, y para apacigualla se comenzó con gran cuidado y diligencias de la justicia á averiguar el paradero de Monsalve y sus camaradas, saliendo con mano armada por los lugares comarcanos donde se entendía estaba esperando la respuesta de Mazariegos; y aunque no fuera muy fácil cosa prendalle, era tanto el cuidado que se ponía en ello que un día ú otro no podía ser menos sino que le cogiesen descuidado ó durmiendo, pero salvaba bien el cuerpo, valiéndole el ser emparentado con la mas principal gente de Zamora, que por horas le daban aviso con grande recato y secreto de todo lo que pasaba, y con estos avisos guardaban los camaradas sus personas y las ponían en cobro andando siempre cerca de la ciudad sin estar quedo en un lugar; y vistó por Monsalve que á cabo de muchos días no había respondido á su demanda Diego de Mazariegos, como se le pedía y debía á quien era, sino que antes andaba haciendo diligencias por prenderlo, acordó de poner en los lugares públicos de Zamora los carteles siguientes.

(Concluirá.)

UNA NOCHE DE MASCARAS EN VILLA-HERMOSA.

Todo el mundo es máscara: todo el año se carnaval.
PÉREZ.

Yo he traido al mundo, entre otros mil sillafes, una afición tan bien puesta, un gusto tan marcado y un entusiasmo tan decidido por esto que se llama máscara y bróma, que hay quien dice que he nacido provisto de careta, á semejanza de aquel dios famoso que salió á luz armado de punta en blanco. Lo cierto es que desde el miércoles de ceniza hasta el domingo de sexagesima me acompaña una melancolía tan profunda y un desasosiego tal, que diera algo de bueno por pasar durmiendo ese prosaico y monótono intermedio. Hechas estas explicaciones, no es difícil conocer el júbilo y el alborozo que retrazarán en todo mi cuerpo hoy que los suntuosos salones de Villahermosa abren sus puertas de par en par á la sociedad carnavalesca y mascarada de esta muy heroica villa.

Son las diez de la noche y estoy disfrazado ya con un traje de bobo, papel que me gusta siempre representar, y que mas de cuatro representas contra su gusto. ¡Qué lentas pasan las horas!... ¡las once! Abiré un libro para distraer mi inquietud imaginación; pero mi cabeza vacila sobre la mesa y en blando y oscilatorio movimiento viene á caer sobre las hojas. No lemo que el sueño embargue mucho tiempo mis sentidos, porque pasados algunos minutos me dirijo al salón, norte de mis ilusiones, centro de gravedad de todas mis esperanzas: ¡Yo soy feliz! el carruaje que me conduce ruga muellemente al resplandor del gas vea los edificios y las calles desaparecer

con celeridad insustentable: el viento trae á mis oídos la fluctuante vibración de un lejano concierto: ya piso el dintel y grúas ansias oprímen mi oración: apresuro el paso y... ¡fatal peripetia! el ridículo y estravagante espectáculo de cien arlequines es el primer cuadro que hiere mi alamosa vista. Esta es una comparsa, digo para mí: sigamos adelante. Otros cien y otros cien arlequines me salen al paso, ¿qué es esto? ¿*Ubinam gentium romas?* Adelante, volví á esquivar lentamente, como el químico á quien no detiene la inutilidad de los primeros ensayos, cuando busca un elemento nuevo. Vanos esfuerzos! estoy rodeado por una turba de píxasos: unos empiezan á saltar caricajadas homéricas, otros á llorar, otros á cantar y todos á ponerse de palabras y obras como nuevos. ¡Victoria! gritan estos; ¡guerra! aquellos; ¡paz! los de aquí; ¡anarquía! los de allá; y sin suspender su infernal clamoreo se mezclan y hurajan y enredan y confunden. Estos son los obreros de la torre de Babel, gritó escandalizado: fuera, fuera de esta casa de locos.

—¡Detente! dice una voz penetrante que suena en el centro de mi cerebro, y una máscara sin máscara, cubierta de un deaso é impenetrable velo asió mi brazo con mano vigorosa, y se crisparon mis nervios como si tocase el conductor de una máquina eléctrica.

—Déjame salir, le dije procurando desasirme; estos locos me ahogan con su algazara.

—¡Locos! ¿y tú qué eres mas que uno de tantos? y los que te rodean, ¿no son los que componen la gran familia española?

Estas palabras pronunciadas con una entonación severa, me hicieron cerrar los ojos por no ver el espectáculo que ante mí tenía.

—No te avergüences, continuó, porque toda la Europa es una gran comparsa semejante á esta. Mira por allí la Francia haciendo el bobo, Portugal el oso, Asia figurando un rebañó, Africa tendida perezosamente y America diciendo «hacer que hagamos.» Todos sois arlequines, las naciones y los hombres. La ciencia diplomática es tan falaz como el semblante del médico ante el enfermo, para hacer creer una ciencia que no tiene; como el del abogado ante el cliente para inspirarle una confianza engañosa; como el de la mujer ante su amante para mentirle una pasión que nunca sintió; como el del militar en el campo de batalla para aparentar un valor que le ha abandonado. ¡Y este mundo te espanta ahora! Eso es que una embriaguez crónica os impide conocer lo que os rodea. La miseria emborracha al pobre y le hace ver en el rico, orgullo, insensatez, soberbia; el oro embriaga al poderoso y le hace distinguir en el pobre, hajeza, servilismo é ingratitude.

—Vámonos de aquí, le interrumpí: esta anarquía me sofoca y vos palabras me lastiman.

—Si, vamos, contestó con acento amargo y sarcástico. Si quieres independencia la hallarás en Polonia, si quieres pan en Irlanda, si orden en la América del sur, si paz en las manadas del Czar.

—Entonces, murmuré, solo la razón....

—La razón, replicó indignado: esa es la gran máscara de los siglos, de las generaciones, de los hombres. Abre los códigos del mundo, lee las historias de los pueblos y no verás absurdo que no haya sido sancionado, iniquidad que no haya sido erigida en dogma. La libre Grecia cazaba los esclavos; la ilustrada Roma prostituía las mujeres y sus antecesores mullaban al señor y azotaban al siervo.

—Terrible verdad! exclamé melancólicamente, pero siempre hubo apóstoles de la inteligencia, que al través de la ignorancia de los siglos, proclamaron doctrinas luminosas para el bienestar de la humanidad.

—También á mí quieres bromearme, respondió. Mira hacia aquel lado ¿ves? ese es el carró de la muerte de *Angelo el malo*, y los ridículos frerzantes que dentro de él van son los apóstoles de la inteligencia. Son los cómicos de la legua de las naciones; ellos se ensalzan á sí mismos y se deprimen: unos se visten á cuenta de otros, y todos de prestado. Observa ese anciano con traje de mogiganga que toma la palabra acoloradamente y todos le gritan «¡absurdo! ¡absurdo!» Repara ese otro de ropa talar que quiere responder y le interrumpen «¡plagio! ¡plagio!» y á nadie le falta autoridad con que acotar sus razones. Los primeros citan á Cicerón: *Nihil tam absurdum cavogitari potest, quod non sit dictum ab aliquo philosophorum*; los segundos traen á Lamartine: *Plus ce qu' on fait á dit fait; tout ce qu' on dit é dit dit.* ¿Y son quienes mas algazaraba? ¿son desear mas fuerza?

—Para tí, exclamé irritado, la armonía de la ciencia.... Y el estruendo repentino de unos místicas discorde, de una orquesta de aprestidies de violín me obligó á llevar las manos á los oídos.

—Esa es, repuso saltando una estrepitosa caricajada, la armonía! Eclecticismo y misteísmo, escepticismo y credulidad, materialistas y espiritualistas, homeópatas y alópatas. Ronald y Fourier, Guizot y Proudhon.

—Y ¿dónde dejas los genios, sobre cuyas cenizas graba cada generación el homenaje de su respecto?

—No los veo, proseguí moviendo la cabeza á un lado y á otro.

¿Quién no se burla hoy de la filosofía de Aristóteles y Platon? ¿Quién no se ríe de Priciliano y Raimundo Lulio? ¿Quién no azotará mañana la memoria de Pierre Leroux y Luis Blanc, modernos alquimistas que tratan de hacer con la sociedad lo que hacían aquellos con el azufre y con el plomo?

—Pero los que pertenecen al elevado magisterio de las ciencias y de la literatura, Cervantes... Homero...

—Calla imprudente. Este anduvo de puerta en puerta, mendigando un obolo, no para el poeta, sino para el ciego, y vosotros ya os atrevéis á disputarle la propiedad de su gran libro. A Cervantes solo le conocía en España el carcelero de Valladolid, como el último dependiente de los proveedores de la armada de Sevilla, mientras que los moros, á quienes haciais guerra como á sectarios del error y de la ignorancia, rendian parias á su consideracion é importancia. Cuando vivia os pidió pan y le dejasteis morir de hambre; y ahora que se ríe de vuestras locuras alzais estátuas á su memoria. ¡Oh! sin duda alguna! Estais amasados con el sucio barro de las injusticias y de las inconsecuencias.

—Déjame, hombre pesadilla, que vine á divertirme y no á escuchar el proceso de nuestras flaquezas. ¿No tienes una pluma y una imprenta para publicar á la faz del mundo lo que me dices?

—Y si lo hago ¿quién me leerá? y si me leen ¿quién no se reirá? ¿no se sabe hasta por los niños de la escuela que uno es el hombre que escribe y otro el que obra? ¿que puede tenerse un pensamiento de oro y un corazón de lodo? ¿que cuando uno está redactando un artículo de moral, tal vez discurré como alzarse con la fortuna de su vecino? Y si yo anatematizo la impudencia de la sociedad actual ¿no me citarán á Salustio, que reprendía las costumbres estragadas de Roma, cuando el pueblo le acusaba de concusionario espoliador en su gobierno de la Numidia? ¿No me recordarán á Bacon, al célebre filósofo y jurisconsulto, que nos ha dejado unidos á su nombre los robos que hizo en las arcas nacionales? Y aun cuando así no sea, si anuncio una idea nueva, si formulo alguna teoria luminosa, si proclamo algun principio que choque con las doctrinas generalmente admitidas, con las creencias sancionadas por el uso, con eso que llamais razon, el que mas me aprecie me leerá con desden, y los demas, sin dignarse oirme, empezarán por llamarme loco. ¿Que esperas tú de una sociedad que hizo arrancar á uno de los hombres mas eminentes de este siglo, la siguiente exclamacion. *Toutes les grandes pensées sont veugles en étrangers ána ca monde?*

Horrible era el efecto que en mí producian estas palabras acompañadas de una entonacion severa. Yo no podia resistir por mas tiempo este angustioso tormento.

—¿Quién eres tú, mascara fatal, que chupas la sangre que da vida á mis ilusiones, que secas el pensil de mis esperanzas como la lava que el volcan arroja?

—Aun no me conoces miserable! Bien que á todos os sucede lo mismo. No es estraña tal torpeza en unos hombres que pintan al amor ciego, cuando debian pintarle con los ojos de Argos, que colocan en la mano de la justicia una balanza, en vez de una bolsa de plata, que enseñan la sabiduria con un libro abierto, cuando debian ponerse cerrado y durmiendo sobre él; y que no le dan á la caridad por atributos el interés, la codicia, el egoismo!...

—Es la verdad!!!

—Al fin me has conocido!

—¿Como!

—Sí! ya sé que me conociste por casualidad; como me conociais todos vosotros cuando llegais á conocerme... por supuesto, al través de la careta, por entre los pliegues del disraz: como quien dice, á medias; como quien conoce que no sé ver nunca sin mascara!...

—¿La verdad!

—Sí! la verdad soy yo, que vosotros pintais en caricatura llena de gloria y magestad. ¿Te parezco mas fea que el retrato?

—Es que.....

—No; no lo estraño; por eso me volveis las espaldas; por eso nadie me ha pedido aun para esposa. Quien sabe si estaré sentenciada á morir virgen!...

—¿Santo Dios!

—Por qué no, si todos me despreciais, me pisais, me cubris de fango. Todos huyen de mí, como si temieran que el contagio de la verdad, aniquilara al mundo presente. Por eso, por mas que digan todos pasan á mi lado sin conocerme. Por eso bromeo impunemente á los tontos y á los discretos, á las mugeres y á los hombres, á los niños y á los viejos; por eso soy la angustiosa pesadilla de las generaciones presentes pasadas y....

—Pues ahora no te escaparás, porque te tengo entre mis brazos.

Y fué tal la fuerza con que los he estendido para cojer por la cintura á la mascara—verdad, y fué tan grande la conmocion que se apoderó de mí en el instante de pronunciar casi maquinalmente aquellas palabras, que sentí abrirse mis ojos, levanté mi cabeza y conocí que acababa de despertar, habiéndome servido de almohada el voluminoso libro de las MISERIAS HUMANAS.

Con trabajo pude reponerme de las angustias que un sueño tan incómodo me hiciera padecer. Sentí dar las dos; y aún era tan viva la impresion del baile que mi fantasia forjára, que todos mis deseos se desvanecieron, como por encanto, y apenas me encontré con ánimo para articular esta blasfemia social y este desengaño desesperante: *Todo el mundo es mascara; todo el año es carnaval.*

A. ROMERO ORTIZ.



La suerte del veterano.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

II.

Prosiguió Alfonso su relación diciendo: — Apenas me hallé instalado en la tertulia, entraron el paje y un lacayo con sendas pilas de platos, que repartieron entre los presentes; vinieron en seguida las tazillas de *cabello de ángel* y de membrillo; en pos de ellas el agua y los esponjados; y en fin, los pocillos de espumante chocolate, labrado, por supuesto, á brazo y en casa del mismo señor Regente. Después esto y otras personas muchuchas se apoderaron del tréculo; dos graves magistrados del tablero de ajedrez; gran parte de las mamás, de los cartones de la lotería, y el grupo angelico, las señoritas, quiero decir, vigiladas por el ama de casa, se instalaban en el *Bisbis*, cuyas puestas no podían pasar de á ochavo, ¿Necesito decir á Vds. que me fui al *Bisbis*? Me parece inútil; pero dos ó tres veces que me atreví á fijar los ojos en una linda morena, que me pareció demasiado bien, reparé que todas las demás muchachas se miraban unas á otras, como burlándose de mí; y descontentado, á fuer de novicio, me retiré á un soldo, donde había ya otra persona que entró en la sala después de concluido el refresco. Era la tal un hombre de edad como de 50 años, y estatura mas bien alta que baja; sus formas, sin ser abultadas, anunciaban gran fuerza muscular; tenía, lo que se llama un aire elegante, maneras fáciles, rostro expresivo, bigotes castaños, ojos casi negros, traje de paisano, entonces á la moda, es decir, calzon de punto, botas de campaña, corbata y chaleco blancos, frac concienzudo....

Don Diego. A lo Miquelez, ni mas ni menos.

Alfonso. Precisamente, señor don Diego. Parecióme bien el desconocido, y yo no debí de parecerle mal á él, pues apenas me hubo sentido, cuando me dirigió la palabra, diciéndome: — ¿Parece que no le divierte á V. el *Bisbis*? — No mucho, — respondí. — Sin embargo, los jugadores merecen la pena de que se les mire. — ¡Como no tengo el honor de conocer aun á ninguna de esas señoras!... — ¡Buena dificultad, por Dios, para un capitán-paje! Con esa figura y los dos hombros ya rubicatos, puede V. estar seguro de que las niñas le recibirán bien, y de que las mamás harán la vista gorda, gracias á la vanidad. — ¡Cómo! ¿Cree V. que tan ruines motivos?... — Si creo, viven los cielos, si creo. Trueque V. sus charreteras por unos corlones de cadete, y verá como, en primer lugar, tiene mas dificultades para penetrar hasta las doncellas, que para tomar una balería; y en segundo, como las dueñas vigilantes me le ponen de patitas en la calle apenas trasluzcan sus intenciones. — Triste cosa debe ser entonces la suerte de los subalternos. — No tal; ellos se ingenian, y nunca falta un rollo para un descosido. — Es desear que las mamás atiendan al interés, las muchachas al mérito.... — ¿Cuanto tiempo hace que salió V. de la casa de pajes? — Seis meses, caballero. — Ya se conoce. — No entiendo. — Quiero decir, que le falta á V. lo que le valiera mas no tener nunca; — ¿Y es? — La experiencia, esa implacable enemiga de las ilusiones, esa despiadada madre del desencanto. Goce V., goce ahora que es un niño....

Esa palabra fué para mí como el relámpago que en medio de las tinieblas orienta al extraviado viajero. Al decirme niño, comprendí que quien me hablaba con tal condescendencia, no podía menos de ser el capitán Sotopardo; y haciéndome el irritado orgullo olvidé todas las leyes de la prudencia, exclamé: « ¡ V. es sin duda don Carlos el malo! » Miróme de alto á bajo con indecible expresión de ira el hombre á quien insultaba, y en la agitación de sus labios, en la contracción de todos los músculos de su fisonomía, concebí que la cólera no le dejaba hablar. Pero aquello fué obra de un solo instante, y en seguida una sonrisa irónica, un aspecto mas de compasión que de desprecio, reemplazaron á la pasada furia. — Si, — me dijo por fin, — si; soy ese don Carlos.... Ya me han dicho que la mujer de Mendoza ha presentado á V. aquí, y por consiguiente nada extraño mas tenga V. entendido que entre colegas pueden pasar los apodos, señor mío; entre hombres.... Pero no; no quiero creer que V. haya tenido la intención de ofendarme. — Diciendo así, y sin darme tiempo para responderle, levantóse de su asiento, me saludó, grave mas que torlas, y fuese tranquilamente á ver jugar al ajedrez.

El sentimiento de la grosería que acababa de cometer, pudo mas que el amor propio ofendido, y aunque resuelto á no dejar pasar así

lo que mi vanidad llamaba insulto, no hallé fuerzas para replicar á mi enemigo. Pasó lo que de la noche quedaba hasta las once de ella harto aburrido, y al llegar con placer aquel momento que invariablymente terminaba la tertulia, pero que no terminó por aquella noche mis disgustos. En efecto, al salir á la calle ofrecí el brazo á la bella Matilde, y no solo tuve la mortificación de que no lo rehusara con notable desalbrimiento, sino además la de que, volviéndose hacia Sotopardo, que precisamente salía entonces del portal, me dijese en alta voz: No se moleste V. en acompañarme, ya va mi marido que es lo que basta; el señor (señalando á don Carlos), con quien ya parece que ha trabado V. amistad, podrá enseñarle el camino de su casa. — Complácese á V., señora, — contestó socarronamente Sotopardo, — es siempre una satisfacción para mí. Si este caballero gusta, yo puedo servirle de guía, porque sé muy bien el terreno que piso. — Mil gracias; buenas noches, señores; vamos Mendoza; — replicó la bella Matilde. Y véanme Vds. á las once de la noche en un pueblo á donde apenas hacia treinta horas que me hallaba, sin mas compañía que la de un hombre, con quien ya había tenido un altercado y pensaba batirme. No tuve, sin embargo, tiempo para hacer largas reflexiones; pues don Carlos, llegándoseme, como si nada hubiera mediado entre nosotros, me preguntó: — ¿Dónde vive V. compañero? — En la fonda del Aguila verde, — contesté como si respondiera á un interrogatorio judicial. Conoció sin duda Sotopardo que mi ánimo era el de no trabajar conversacion, pues sin decir mas palabra echó á andar, y yo tras él, hasta que al cabo de unos diez minutos llegamos á mi posada.

— Esta es la fonda, — me dijo entonces; y llamando á la puerta entró el primero así que nos la abrieron. Al llegar al número 7, del piso principal, añadió: — Y este mi cuarto, Buenas noches.

— Ya me tienen Vds. durmiendo bajo el mismo techo que aquel hombre, y resuelto á pedirle satisfaccion porque me había llamado niño, cosa que sin embargo era verdad evidente y no para tenida por insulto. Consultáme de mi extravagancia que participen de ella cuantos hombres se hallan en la misma posada que yo entonces, y es preciso no olvidarse de que el dazo debía ser entonces para mí un medio de probar que no era indigno de mis charreteras. Nada me diga V., señor don Antonio; en teoria opino como V., y en la práctica obraré siempre como militar, y pensé entonces como soldado bisulito, mas ganoso de acreditar su valor, que atento á adquirir fama de prudente. Sin embargo, cuando á la mañana siguiente pude desembarazarme del sargento primero de mi compañía, pregunté si don Carlos se hallaba en su cuarto, y respondiéronme que había montado á caballo muy temprano. En el cuartel supe que había salido destacado á uno de los pueblos de la provincia, para auxiliar á su corregido no sé en qué difícil operacion. Quedó, pues, defraudada mi esperanza por entonces. Dos veces me presenté inútilmente en casa de Mendoza; la señora había salido y su esposo, á quien tuve ocasion de ver en actos del servicio, me trató con mas cortésia que cordialidad. Inferí, no sin razon, que mi diálogo con Sotopardo era causa de aquella frialdad, y aprovechando en la tertulia un instante en que pude acercarme á la bella Matilde, se lo dije con todas sus letras. Un poco pareció sorprenderla mi inocente franqueza; pero recobrándose bien pronto, me respondió: — Es efecto, ya dije á V. que jamás un amigo de don Carlos podría serlo mio. — Pero señora, — repliqué, — entre ese caballero y yo no hay la menor amistad. — Sin embargo, el verse por primera vez pasaron Vds. una parte de la noche en una íntima conversacion, — repuso Matilde. Yo entonces, refiriendo así nuestro diálogo, como su término, rebati endógicamente el cargo que se me hacia. Debí de hacerlo bien, pues no solo reculé en el acto la antigua benevolencia de la mujer de Mendoza, sino que antes de salir de la tertulia vino este á suplicarme que al dia siguiente lo acompañase á comer la sopa. Acepté la oferta, y desde entonces nuestra intimidad fué cada vez mayor. Matilde era una mujer que se aproximaba á los 50, bella, como he dicho, graciosa en extremo, y hábil por demás. Ahora creo que su corazón era insensible; entonces, juzgando que contenía insostenible marantial de ternura, concebí por ella una pasión violenta, de esas que desfilan el objeto amado, de esas que consagran la vida á solo amar, que se alimentan de suspiros, que todo lo desean y nada piden, que miran como crimenes hasta las esperanzas, que no hablan y se revelan sin embargo á todos. Si, señores; me enamoré de aquella mujer, y jamás de mis labios oyó por entonces una sola palabra que descubriese mi pasión; pero en cambio, mis ojos fijos siempre en ella, mis miradas continuamente prontas á servirla, sus pensamientos adivinados, sus caprichos previstos, la mas leve de sus sonrisas agradecida como un favor soberano, el mas injusto de sus desdenes aceptado como merecido castigo, mi sumision elegida á su voluntad, en fin, la revelacion bien pronta al omnisciente poder que sobre mí ejercía. Véanme Vds. mortificar al seste para que me hiriese instantáneamente un frac verde botella, porque en una noche á Matilde que aquel color le agradaba; perseguir

al zapatero para que convirtiese en lancetas los razonables charentos que debo á la naturaleza, porque la señora de mis pensamientos alabó no sé cuando unos piés angostos; y emperifollarme con tanta esmero como novia de aldeá, ¿para qué? para ir en los saraos á colocarme en el mas oscuro rincón, desde allí contemplar á mi sabor el ídolo de mi corazón, y bramár furioso cada una de las infinitas veces que galanes menos enamorados y mas atrevidos, por lo mismo, que yo, cautivaban la atención de Matilde, y obtenían ya una palabra, ya una sonrisa, ya una mirada; mientras que el pobre novicio no osaba levantar los ojos á otras mujeres por no ofender ni mentalmente á su diosa.

¡Oh! ¡y cuántas veces en mi furor celoso acaricié convulsivamente el puño de la espada, y tuve tentaciones de atravesar con ella el pecho de mis inocentes verdugos! ¡Cuántas veces juré apartarlos para siempre de la mujer que, como tigre satisfecho, jugaba cruelmente con mi lacrarado corazón! Pero una mirada afectuosa, una frase almibarada calmaban la ira, y, encendiendo mas que nunca la llama del amor, soldaban el eslabon de la cadena pronto á romperse. Dos cosas he visto ensalzadas en los poetas: la belleza de la aurora, y las delicias del primer amor. En cuanto á la primera, les deseo que la admiren todos los días, durante seis meses seguidos al toque de Diana; por lo que respecta á la segunda, diré que dudo de que haya suplizia igual al que yo sufrí mientras duró mi pasión por Matilde.

Un concurso de circunstancias, que nada tenían de extraordinario al parecer, pero que en realidad hubieran debido llamar mi atención, hizo que en mas de un año no se incorporase Sotopardo al regimiento. Los dos primeros meses de su ausencia los pasó en la comisión del servicio de que ya he hablado; ocurrió entonces que hubo necesidad de reemplazar algunos caballos, y el coronel mandó á Sotopardo que pasara á Córdoba á comprarlos. Concluyóse la remonta y una real orden le llamó á Madrid para que allí se encargase de dirigir la construcción del nuevo vestuario y monturas para el regimiento. Es de advertir que jamás, hasta entonces, pasó Don Carlos por oficial de nota como remontista, ni menos por afecto á comisiones en que á lo militar se mezcla lo mercantil. ¿Cómo, pues, torian sobre él tales encargos? A su tiempo lo veremos: entre tanto voy á presentar á Vds. á un nuevo personaje; al teniente coronel mayor de mi regimiento, hombre de cerca de cuarenta años, pero bien conservado, minucioso en el vestir, afectado en el lenguaje, pedante escribiendo, y siempre lleno de orgullo; pero amigo íntimo y protector de Mendoza, á quien trajo consigo al cuerpo cuando de coman-

dante de otro regimiento fué ascendido al nuestro. Llamábase Don Pedro de Almazán, fué á la ciudad donde estábamos de guarnición un mes antes que yo; y, gracias sin duda á mis buenas relaciones con Mendoza, me trató siempre con mas afabilidad que á otros dispensaba. No habitaba en casa de Matilde, pero comía diariamente con los esposos, y se le consideraba como á miembro de la familia. Con la dama le vi siempre nimiamente ceremonioso, con el marido protector y afable.

En resumen, Mendoza, donachon y confiado; el teniente coronel vano y protector; Matilde hermosa y coqueta, y yo ridículamente enamorado, pasábamos la vida juntos, sin mas intervalos que los que el servicio militar exigia, que á la verdad no eran pocos; pues además de las obligaciones de nuestros respectivos empleos, se nos encargaron, á Mendoza la música y almacén, y á mi la instruccion de quintos, tarea de las mas divertidas que imaginarse pueden. Bien es, que á la entrada de la primavera y para descanso, se me mandó salir á cuatro leguas de la ciudad, á dar forraje á los potros del regimiento durante un mes. Si alguno de Vds. tiene la idea de lo que la operacion del forraje es para el que la dirige, se figurará fácilmente lo por mi pasaria cuando á la fastidiosa prolijidad de mi encargo se agregaban las penas de la ausencia.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

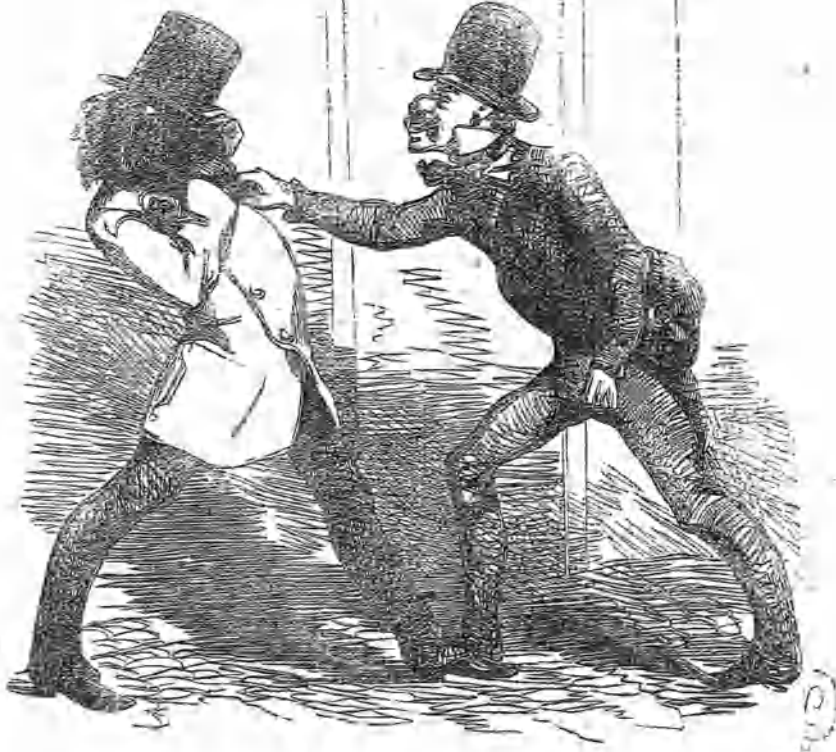
ERRATAS.

En el número anterior, pág. 54, columna 2, línea 19, dice: las religións, faltando el voto de pobreza; léase: las religións, faltando el voto de pobreza.

En la poesia del señor Bruto de los Borreros, publicada en el número anterior, en la primera octava; verso sexto, dice: espáran, léase: espáran; en la última octava, verso cuarto se lee lántas, entiendo: lántas.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. ANTERIOR.

El gallo y la margarita, se cuenta como una de las primeras entre las fábulas de Esopo.



Encuentro á la vuelta de una esquina, de un ciudad con el autor de su zaban